

XII.

De lo que hizo el Sr. D. Juan de Austria, y de lo que determinó la reina Doña María Ana.

DON Juan de Austria y su secretario comenzaron á informarse detenidamente con D^a Laura acerca de lo ocurrido con Mallades.

—Admírame, señora—decía el príncipe—resolución tan varonil como la que habeis tomado, cuando otra mujer se hubiera conformado con el llanto, única arma en jeneral que tienen y usan las damas.

—Señor—contestó D^a Laura—al principio lloré, lloré como débil mujer, porque D. José habia sido mi único amor, pero mi corazón agotó sus lágrimas, lo intenso del dolor mató esa sensibilidad, y entonces, señor, un deseo ardiente de venganza me preocupó; para vengarle, señor, volví mis ojos por todas partes y solo en V. A. encontré una esperanza.

—Y por mi fé—dijo sombríamente el príncipe—que no os habeis engañado; le vengaremos, y juro por la sangre de Mallades, no descansar hasta que esté fuera del territorio español ese padre Nitardo. . . . ¡ah si no fuera sacerdote! os

aseguro que veríais rodar su cabeza bajo el hacha del verdugo.....

—Oh! sí, señor, él, y no mas él es el culpable. . . .

—¿Y en la corte saben vuestro viaje?

—No, señor: como todos conocian mis amores con D. José, todos han creido que me retiré á una soledad á llorar mi quebranto: necesitaba yo ver á V. A. y á nadie comuniqué el secreto de mi viaje: me creen en Madrid.

—¿Y estais dispuesta á favorecer mis proyectos?

—A todo, con tal de castigar á los asesinos. . . .

—En tal caso, es preciso que volvais á la corte y que disimuleis; nadie debe saber que nos hemos visto, nadie en palacio desconfia de vos, y podeis por medio de D. Bernardo de Patiño, hermano de mi secretario, ponerme al tanto de cuanto allí se trame, y recibir mis instrucciones.....

—¿V. A. partirá para Flándes con el ejército?

—Imposible, no saldré de España, necesito que el padre Nitardo deje estos reinos, cuya ruina está causando.

—S. M. no lo consentirá, el favorito tiene sobre S. M. un influjo poderoso y decisivo; sus amigos acusan á V. A. de querer turbar la paz de la monarquía por personales ambiciones.

—No importa, ese hombre pierde el reino y es preciso alejarle, estoy resuelto ¿podreis mañana mismo regresar á Madrid?

—Si así lo dispone V. A. partiré.

—Será mejor, una dama de vuestra calidad no debe andarse esponiendo á los caminos, cuando puede ser tan poderoso auxiliar en la corte misma, y pondré á vuestras órdenes una compañía de jinetes que os escolte.

—Quizá no sea necesaria la escolta.

—En estos tiempos ninguna precaucion está por demás: antes de partir recibireis unos pliegos que debeis entregar á D. Bernardo de Patiño.

—Muy bien, señor.

El príncipe hizo disponer aposento para D^a Laura, y á la mañana siguiente, la jóven se despidió de él, recibió unos pliegos, y escoltada por cien jinetes, se dirigió para la capital.

La muerte de D. José de Mallades preocupó en la corte terriblemente los ánimos; muchos se ocultaron porque temian verse comprometidos, y todos esperaban consternados la resolucion que tomara el príncipe al saber aquella noticia funesta.

Los ánimos de los partidarios se exaltaron mas y mas cada dia, y lo que hoy pudiera llamarse el pueblo murmuraba de la reina, que por el ciego capricho de sostener en la privanza al favorito, causase tantos trastornos y tanta ruina.

Valenzuela mismo á pesar de su cariño y de su profunda gratitud para el padre Nitardo, comprendió cuanto mal habia en todo aquello.

Desde la noche del sarao en la casa del marqués de Rioflorido, D. Fernando no habia vuelto á ver sino de lejos á D^a Inés, sostenido en la resolucion de casarse con D^a Eugenia, por Laura y por D. José de Mallades; sentia una especie de vergüenza de encontrarse con aquella mujer cuya amorosa correspondencia habia casi conquistado en una sola noche y á la que habia abandonado así, de una manera tan inesplicable para ella.

Díjose en la corte que uno de los altamente comprometidos á los ojos de S. M. era el marqués de Rioflorido: se susurró que habia orden para aprehenderle y mas se confirmó la noticia porque D^a Inés de Medina, vestida con negras tocas se presentó una mañana en palacio y obtuvo por influencia del confesor de S. M. una audiencia secreta con la reina.

D^a María Ana de Austria recibió en su cámara á D^a Inés que entró á ella conducida por el padre.

D^a Inés se arrojó á los piés de la reina.

—Levántate, la dijo D^a María Ana—el servicio que has prestado á la monarquía merece bien ese salvo-conducto que te ha dado el Reverento padre, y que yo confirmo solemnemente.

—Permítame V. M.—contestó D^a Inés—besar esa real mano, que me colma con tantos favores; mi padre será de hoy mas el súbdito mas fiel y mas profundamente agradecido de V. M.

—No es á mí sola á quien debe estar agradecido, es al padre Nitardo.

—V. M. crea que mi padre abriga ese mismo sentimiento de que habla V. M.

—El padre te ha dado por el servicio que has hecho un salvo-conducto para tu padre; á tí yo quiero premiarte, pide una gracia.

—¡Oh, señora, cuán jenerosa es V. M!... yo temo pedir... quizá sea mucha ambicion.....

—He empeñado mi real palabra; ¿qué deseas?

—Entrar al servicio de V. M.

—Padre—dijo María Ana—D^a Inés de Medina es ya desde hoy una de mis damas.

—Gracias, señora—dijo arrodillándose D^a Inés—V. M. es muy jenerosa.

La reina hizo un movimiento, presentando su mano á Inés para que la besase. Esto queria decir que la audiencia estaba terminada.

D^a Inés salió radiante de felicidad, murmurando en voz baja estas palabras:

—Ahora sí estaré cerca de él, él me amará ó hare morir cuanto él ama y cuanto le rodea.—¡Ah Valenzuela!....

Al dia siguiente se supo que el viento habia cambiado para la casa del marqués de Rio-florido, y que no solo no entraba él á una prision, sino que su hija Inés era una de las damas de la reina.

D^a Laura aun no se presentaba en la corte, todos y hasta la reina misma la creian ocupada en llorar á su amante, y todos respetaban su dolor.

Entre tanto D^a Laura llegaba á Madrid de vuelta de su conferencia con D. Juan de Austria.

Muy pronto se supo tambien en la corte que el príncipe D. Juan de Austria estaba resuelto á no partir para Flándes, con el pretesto este era el termino de que se usaba, de sus enfermedades.

D^a Laura se volvió á presentar por aquellos dias á la corte, y á escepcion de su mortal palidez, nada se advertia en su persona que indicara el terrible golpe que habia sufrido en su corazon.

D^a María Ana de Austria tratóla con grandísimo cariño, y su desgracia la hizo mas apreciable á los ojos de todo el mundo.

La reina y el padre Nitardo estaban indignados con la conducta del príncipe, y como ambos ignoraban que Laura

conocia el aleman, hablaban delante de ella sin cuidado.

Una mañana la reina se hallaba sola con D^a Laura, cuando llegó el confesor.

—¿Háme enviado á buscar V. M?—dijo en aleman.

—Sí, que deseo comunicaros una grave noticia.

—Escucho á V. M.

—Esta mañana he recibido en audiencia al capitan Pedro de Pinilla, de los tercios de Flándes, y habiéndose arrodillado delante mí me pidió permiso para hablarme de un asunto y refirióme que él estaba en el campamento cuando llegó allí mi órden, para que D. Juan de Austria se retirara á Consuegra, dejando su empleo al condestable de Castilla, que D. Juan profirió grandes imprecaciones, y que á poco tiempo llegó tambien una carta de Bernardo de Patiño, hermano del secretario de D. Juan, en la que le participaba que se habia presentado al Consejo decreto contra el príncipe tratándole de desobediente, y dando por nulo el pretesto de su enfermedad, aconsejábale Patiño al príncipe la rebelion, y hacíale grandes ofertas en nombre de sus partidarios.

—Crea V. M. que el príncipe conspira ya para ser declarado infante, y alzarse poco despues con el reino, y que ya es necesario proceder con enerjía.

—¿Y qué paso os parece prudente?

—Es ante todo necesario, si V. M. no dispone otra cosa, prender á Patiño.....

—Bien me parece.

—Y luego, mandar á Consuegra á aprehender al príncipe.

—¡Ah!—esclamó D^a Laura al escuchar esto y no pudiendo reprimir su asombro.

—¿Qué sucedió?—preguntó D^a María Ana de Austria mirándola con espanto.

—Señora, perdóneme V. M.—contestó Laura—hace algunos días que siento dolores repentinos en el corazón que me hacen gritar algunas veces.

La reina se tranquilizó y anudó la conversacion.

—Creí que habia comprendido algo—dijo en aleman al padre.

—Es imposible, no comprende el idioma.

—Vale mas, ¿conque deciais?

—Que es preciso que esta misma tarde salga un comisionado á aprehender al príncipe, duro extremo pero necesario por desgracia.

—Necesario. . . . ¿y quién podrá desempeñar comision tan peligrosa?

—Habia yo pensado proponer á V. M. para ese caso al marqués de Salinas, leal y adicto, enemigo del príncipe y de los suyos.

—¿Con cuánta jente?

—Bastarian cincuenta oficiales.

—¿Y si el príncipe se resistiese?

—Irán de reserva para ese caso cinco ó seis compañías.

—Muy bien.

—¿Me autoriza V. M. para dictar esas medidas?

—Si las creis útiles.

—Sin duda. . . .

—Obrad entonces así, y sepan esos hombres que la unanimidad que he usado con ellos no es cobardía.

El padre hizo una profunda reverencia y salió.

D^a Laura no sabia que hacer, no podia retirarse de la cámara de S. M. y el tiempo pasaba.

Era seguro que el padre Nitardo tenia ya preparadas todas las cosas para aprehender al príncipe esperando no mas la oportunidad para arrancar á la reina el consentimiento.

Era urgente avisar al príncipe, porque si él no estaba prevenido podrian sorprenderle y aprisionarle, y entonces su vida corria grandes peligros.

Una hora perdida era quizá la muerte para el príncipe: el recuerdo de D. José de Mallades vino á herir de nuevo á Laura, y en aquella congoja, y pensando pretestar una enfermedad para salir de la cámara de S. M., se afectó tanto que realmente se enfermó y perdió el sentido.

Aquella naturaleza gastada rápidamente por el dolor, y consumida por ese combate cruel de la voluntad con el corazón, que se llama disimulo, no podia resistir mucho, y cada impresion fuerte la hacia vacilar.

Cuando volvió en sí, dos lacayos la conducian en un gran sitial á su aposento, y D^a Eujenia la acompañaba mirándola con tierno interés.

D^a Laura abrió los ojos y su primer pensamiento fué incorporarse y hacer que la dejasen ir por sí misma, pero instantáneamente reflexionó que debia prolongar su enfermedad para tener tiempo de enviar aviso al príncipe y si posible era á D. Bernardo Patiño.

Una vez en su aposento, los lacayos se retiraron y Laura quedó á solas con D^a Eujenia.

Abrió entonces los ojos y miró á su amiga.

—¿Qué ha sido?—dijo ésta.

—Nada, un desmayo, debilidad.

—¿Quereis que llame á un médico?

—Oh! no, no es para tanto, creo que descansando un poco estaré bien.